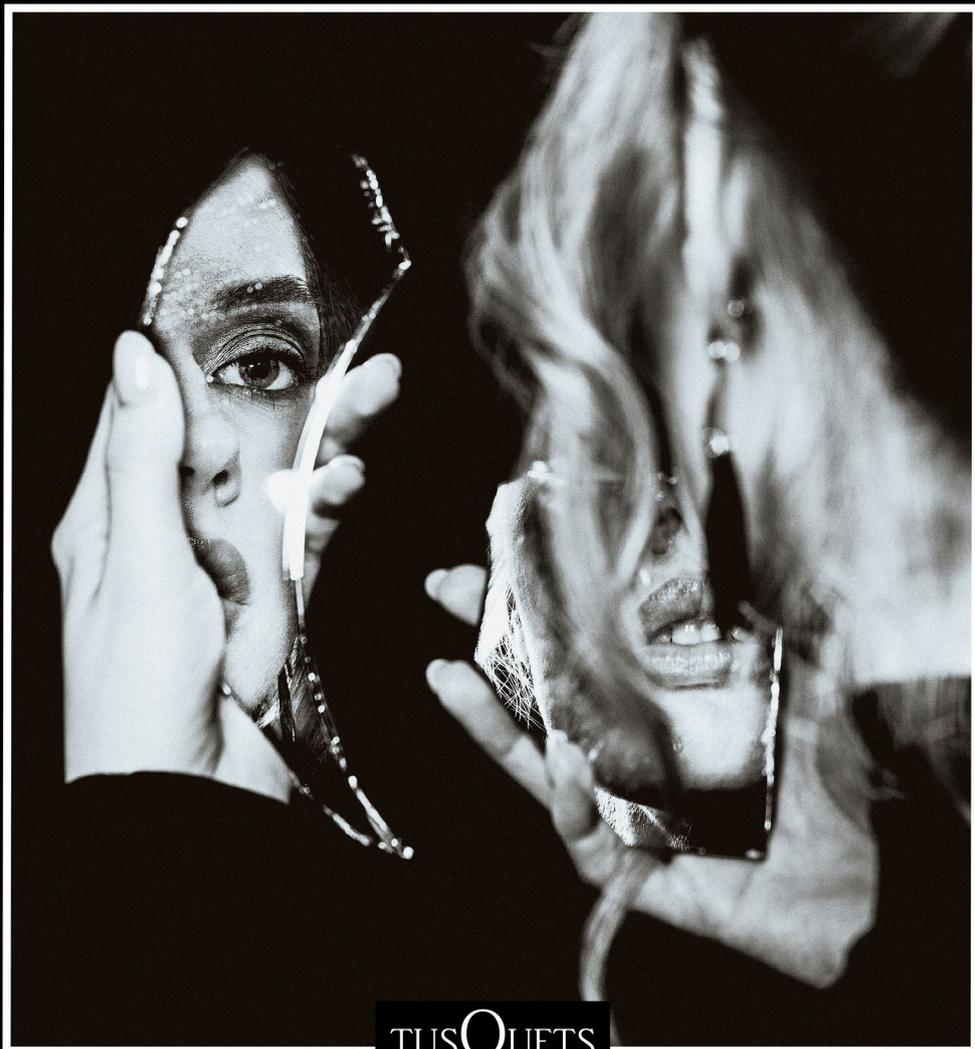


Valentina Vidal

VOLÁTIL

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

VALENTINA VIDAL
VOLÁTIL

TUSQUETS
EDITORES

De frente al espejo te mirás. Te aplicás rubor en las mejillas y te ves la mirada plana, los párpados hinchados, las pequeñas grietas que se forman por llevar puesto corrector desde tan temprano. Retocás con una esponja de látex las líneas desprolijas, las fundís con la piel hasta quedar conforme. Observás la mesa, te asegurás de que todos los maquillajes que sacaste del maletín estén a tu alcance siguiendo la escala cromática: en la fila superior las sombras que van de los colores cálidos a los fríos, en la siguiente los tonalizadores y los rubores, en la inferior el polvo compacto mate y el perlado, a la derecha los correctores, a la izquierda los delineadores. Sacás también los envases que son para impresionar a las clientas y los colocás junto al espejo: el *packaging* es imponente y multiplica el efecto de un quinteto de sombras metalizadas que no usás nunca porque el material deja residuos, profundiza el cansancio, arruina tu trabajo.

Se escuchan voces, la puerta se abre y entra una mujer. Es hermosa, te deslumbra. Tiene puesta una

capa de paño color natural, el pelo suelto y largo, sin teñir. Delgada, alta, con gafas de sol y aires de hartazgo, toda una exmodelo. Vane te dijo que la atiendas con cuidado, porque a la exmodelo no le gusta que el tiempo pase, que los años la hayan vuelto invisible, que el proceso en el que el teléfono dejó sonar haya sido tan breve. No te saluda. Le da la capa y las gafas a su asistente, que va detrás de ella como si fuera parte de la estela que deja en cada movimiento. Se sienta con el celular en la mano sin mirarte. Reclama un yogur, la asistente sale, son las siete de la tarde y hace frío. Repasás la disposición de los materiales sobre el tocador y te ves de nuevo en el espejo. Tu figura se distorsiona al lado de la exmodelo. Le preguntás si está cómoda y por primera vez levanta los ojos de la pantalla. Te dice que no le pongas polvo volátil porque le hace arrugas, lo dice con la mirada hacia el espejo, viéndote en un juego de reflejos proyectados, con las manos quietas en el celular como si el tiempo hubiera colapsado y no entrara ni un segundo más en esta tarde inoportuna. Te quedás. *Volátil*. La sonoridad de las cuatro consonantes y las tres vocales forman un acorde filoso que pone en movimiento un circuito dormido en tu cabeza. Ubicás mentalmente la zona de tu bolso donde está la libreta en la que escribís cada palabra que te gusta para sumarla. Hasta ahora, tus preferidas eran *Salsipuedes* y *claraboya*, pero *volátil* es pode-

rosa. La exmodelo chasquea los dedos para deshacer tu fuga temporal y te trae de vuelta. Te acercás, la mirás y ves cómo una pequeña franja rojiza debajo de su nariz empieza a inflamarse. Pensás que depilarse antes de pasar por maquillaje tiene una sola finalidad: joderte. Tomás aire. La rociás con agua termal para que baje la irritación y, con la almohadilla sostenida desde tus dedos meñique, anular y medio, te apoyás sobre el ángulo de su pómulo izquierdo para empezar con la corrección, pero ella te corre la mano. Es brusca. Te repite lo del polvo. Le explicás, sosteniendo un corrector suave a la altura de los ojos, que es para cubrir unas manchas apenas visibles, le decís, el sol del verano, intentás, no hacerla sentir mayor, pero eso ya es imposible, porque para la exmodelo decir *lámpara perro playa subte* es sinónimo de decrepitud, no de ciclo natural de la vida, sino de descarte, de vergüenza. Hoy es su primer programa de entrevistas de una hora de cable que ella misma se financia y no confía en vos, como ya no confía en nadie. Empieza a escribir algo en el teléfono. Intuís, por la expresión que tiene, por las palabras que mastica en silencio, que está hablando con Vane, pero vos sabés que Vane, a esta misma hora, está en una producción de fotos mucho más importante con la chica del momento, así que esperás con la cadera apoyada sobre la mesa, la almohadilla y el pincel entre los dedos, que ter-

mine de escribir. La mujer dice: dale, no perdamos más tiempo. Con calma, te volvés hacia los pinceles, cambiás el que tenés, pasás las cerdas por la mano para sacar cualquier excedente, preguntás si quiere que antes le hagas una pequeña limpieza, pero no te responde. Lejos de sorprenderte, la mirás y empezás a pasarle el desmaquillante que le compraste a Nico. No te alcanza para acceder a los del estudio de Vane. Te equipás con las sombras, los rubores, los polvos traslúcidos que Nico cocina en su laboratorio casero y después los colocás dentro de los envases del estudio. Nadie lo nota, ni siquiera Vane, porque la materia prima es la misma. Destapás el frasco con la crema, la colocás con unos pequeños golpes descongestivos y la distribuís con masajes energizantes. Pasás, suave, los discos de algodón cargados por la zona alrededor de los ojos y hacés lo mismo alrededor de la boca. Dejás algo en la comisura de los labios, más de un lado que del otro, a propósito, para que se fastidie con el desbalance. No lo tolera, con el dedo índice se saca el sobrante del producto y te lo muestra con desprecio. Pide un pañuelo descartable y te pregunta por la chica que Vane mandaba antes, esa, la que es tan profesional y tan bonita, pero vos ya te cansaste de responder. Vas hacia el maletín para guardar el envase y lo cerrás con una fuerza desmedida para la fragilidad de los productos. Ahora, le colocás la base con la yema de los dedos para controlar la tibieza y

la distribuís con tu mejor brocha de cerdas cortadas a medida. Su piel es tan delgada que apenas la tocás se marca, como un animal deshidratado. Terminás de distribuir el producto despacio, hasta cubrir todo el rostro, corregís las zonas enrojecidas, mientras con la mano derecha le tomás el mentón, con la izquierda la coronilla, y la movés de forma suave hasta dejarla de frente al espejo, como te enseñaron en el instituto, para poder controlar el balance de los claros-curos, los ángulos, la simetría de las líneas, el punto de fuga. Parece una deidad, si pudieras maquillarla como el tono canela de su piel y los ángulos de su cara lo piden, le aplicarías un delineador tan negro como el kohl a base de galena mineral molida que inventaron los egipcios para proteger los ojos del sol. Ella se resiste, deja el cuello rígido para que no la puedas mover y la soltás, estás conforme porque la base está bien puesta. Sos buena en eso, nunca un reclamo. Agarrás la paleta de sombras nuevas, la exmodelo atiende el teléfono, interrumpe tu trabajo, pero algo en vos que todavía no podés identificar se desprendió. Mientras esperás a que termine la llamada, ella, sin soltar el celular, inclina el cuerpo hacia adelante y con la otra mano agarra una botella, toma sorbos del pico, te mira por el rabillo del ojo. Ves su lengua envolver el plástico, el agua que se desliza hacia su boca, seguís la gota que serpentea por el mentón y desaparece en el cuello, hasta que

traga con ruido, a propósito nomás para molestarte y arruinar el momento. Estira la mano, te da la botella, señala dónde dejarla sin decir una palabra. Del bolsillo del jean saca un chicle y deja el envoltorio arrugado sobre tus maquillajes, le decís que no podés maquillarla con el movimiento que hace al masticar, pero no te contesta. Te desafía. Exagera el chasquido de la lengua. Cargás el pincel en la sombra maizal, soplás la punta, ves las esporas flotar y sostenerse entre las ondulaciones del aire, hasta posarse en cámara lenta sobre su cara, tu mano, el pelo, su teléfono. Ella cierra los ojos, tira la cabeza para atrás y podés ver en la tensión de su cuello la resistencia al desvío de una tarde sencilla que se vuelve un vaso roto, pero a vos ya no te importa. Abrís un envase que no está sobre la mesa, que tenés en un pequeño compartimento de la cartuchera de pinceles, sacás la tapa plástica y soplás la superficie hacia su cara cubriéndola con una nube de polvo volátil. La exmodelo tose y te mira porque no puede creer lo que acabás de hacer. Te empuja y estira el brazo para que le alcances la botella de agua que tirás hacia uno de los costados sin dejar de mirarla. Ella te agarra de la manga, le cuesta respirar. Te soltás. Señala su cartera arriba del tocador y alcanzás a escuchar que le sale un pequeño silbido del pecho, como si un hilo de aire tratara de abrirse camino en el poco espacio que le queda mientras se agarra del cuello. Tratás de

identificar la nota musical que suelta en su intento por respirar. Te reís un poco. Qué sabrás vos de notas musicales, vos coleccionás palabras. La exmodelo ahora tiene los ojos llenos de derrames. Parece el mapa del metro de París, lo tenés memorizado, lo mirás siempre para cuando te vayas porque sos una persona con sueños que realizar. La notás mareada, ves cómo se hinchan los párpados y la piel se le llena de manchas rosadas. Cerrás la puerta y, cuando pasás por detrás, enganchás el pie en la pata de la silla y la tirás.

No va a pasar mucho hasta que la asistente entre al camarín y las encuentre. Primero va a tratar de reanimar a la exmodelo que para ese entonces ya se habrá dejado de contorsionar. Debido a los gritos, el guardia de seguridad del estudio va a llegar corriendo con la mano sobre el estuche del revólver. Juntos van a llamar al 107 y al 911, nadie te va a preguntar qué pasó hasta que lleguen la policía y la ambulancia porque te vas a hacer la desmayada. Al principio habrá dudas y te van a acompañar al Hospital Pirovano, vas a declarar luego en la comisaría, con tu numerito de chica huérfana, que, en la desesperación por ayudar a *la señora*, pisaste la botellita de agua, te caíste y ya no te acordás de nada. Así vas a decir, *la señora*, tanto que le molestaba. El certificado de defunción provisorio dirá que la exmodelo sufrió un shock anafiláctico y vos no los vas a sacar de su

error, porque no estás del todo segura de qué fue lo que pasó.

Ya habrá oportunidad de ratificar tu declaración cuando te vuelvan a citar desde la fiscalía. Mientras tanto, tenés otras cosas que hacer, Lucía.